

C I C L O D E D I Á L O G O S

ESPAÑA CATALUNYA PLURAL

VOL.1 LO QUE NOS DICE LA HISTORIA
LA HISTORIA POR ESCRIBIR

diálogo.

(Del lat. dialōgus, y este del gr. διάλογος)

1. m. Plática entre dos o más personas, que alternativamente manifiestan sus ideas o afectos.
2. m. Obra literaria, en prosa o en verso, en que se finge una plática o controversia entre dos o más personajes.
3. m. Discusión o trato en busca de avenencia.

C I C L O D E D I Á L O G O S

ESPAÑA CATALUNYA PLURAL

VOL.1 LO QUE NOS DICE LA HISTORIA
LA HISTORIA POR ESCRIBIR

Fundación Diario
Madrid 

Asociación de Periodistas  Europeos

El primer encuentro del ciclo «España plural/Catalunya plural» se celebró en la sede de la Fundación Diario Madrid el 27 de julio de 2013. Bajo el título «Lo que nos dice la historia/La historia por escribir». Participaron en el diálogo:

José Álvarez Junco

Catedrático de Historia en la
Universidad Complutense de Madrid



Joaquim Coll

Historiador y articulista. Autor de
*A favor de España y del catalanismo:
un ensayo contra la regresión política*



Miguel Ángel Aguilar

Moderador





Publico asistente al primer encuentro del ciclo de diálogos
«España plural/Catalunya plural»

José-Vicente de Juan

Patrono delegado de la Fundación Diario Madrid

El acto que hoy nos convoca inicia un ciclo de diálogo y debate en torno a las relaciones entre Cataluña y el resto de España. Su objetivo es la búsqueda de salidas a la actual situación, tomando distancia de las posturas extremas que cada día vemos avanzar con mayor fuerza.

Tengo que reconocerles que hemos organizado este primer encuentro con la mayor urgencia para situarnos antes de la diáspora veraniega y también para no perder el pulso de los últimos estímulos que hemos recibido en esta casa, la Fundación Diario Madrid, una institución que recoge el espíritu de pluralismo, independencia y defensa de las libertades democráticas que en su momento abanderó el diario *Madrid*, cerrado hace ya más de cuarenta años por la incomprensión del anterior régimen. Para quienes trabajamos o colaboramos en aquel *Madrid*, la ambición del periódico no fue otra que la de ser el prólogo de la ya inmediata Transición.

Esta casa ha tenido siempre una sensibilidad especial hacia el tema que hoy nos convoca. El diario vespertino madrileño tuvo en sus últimos cinco años, los que hemos denominado como el «*Madrid* independiente», una excelente información y opinión sobre Cataluña, a través de las noticias y columnas de sus corresponsales y líderes de opinión. Después, tras los años de silencio que siguieron al cierre del periódico, se creó la Fundación Diario Madrid, cuyo premio anual de periodismo, que alcanza la decimotercera edición, se ha concedido a tres notables periodistas catalanes: Ricardo Estarriol, Carlos Sentís y, en su edición del pasado año, a Rafael Jorba.

Fue precisamente con motivo de la entrega del premio a Rafael Jorba, columnista de *La Vanguardia* y uno de los principales responsables de su edición en catalán, cuando sentimos la necesidad de progresar en los argumentos en los que se apoyó el jurado del Premio de Periodismo Diario Madrid para otorgárselo a este gran periodista: «...una labor en todo momento encaminada a reforzar el sistema democrático y el desarrollo de las instituciones establecidas en la Constitución de 1978, con especial atención a las que sirven para dar respuesta política a las tensiones territoriales [...] ha defendido la importancia de promover una segunda laicidad de las instituciones como fórmula para evitar los esencialismos nacionales, además de los religiosos [...] para premiar a un representante del pensamiento catalanista, una corriente primero asfixiada por el centralismo autoritario y ahora marginalizada por el independentismo. La visión de España defendida por Rafael Jorba desde Cataluña cuestiona la visión castellanista promovida por un reductor nacionalismo español, de la que acabaron siendo víctimas tanto Castilla como el resto de España».

Había que hacer algo más. Jordi Casas, todavía delegado de la Generalitat de Catalunya en Madrid, nos animó a ello: «¡Qué pena que este acto no se hubiera podido celebrar en Barcelona! Me hace pensar que el abrazo entre el *seny* y el sentido común es posible». Pocas semanas después presentábamos en la sede de la calle Larra de la Fundación Diario Madrid el libro del periodista catalán Gil Toll, *Heraldo de Madrid: tinta catalana para la II República española*, cuya edición apoyamos. Y nuevamente sentimos la necesidad de progresar en la búsqueda de espacios de encuentro.

Así, la Asociación de Periodistas Europeos y la Fundación Diario Madrid nos pusimos de acuerdo para iniciar este ciclo. La idea es que éste sea un ámbito de debate que se celebre en dos escenarios, Madrid y Barcelona, alternativamente, a lo largo de un curso. El formato que hemos establecido es la intervención de dos personalidades, dos formas de pensar, dos interpretaciones de la realidad y de la historia, moderados por periodistas vinculados a Barcelona y a Madrid. El contenido de los debates será editado en forma de libro al final del ciclo, además de reproducirse íntegramente en audio en las páginas web de la Asociación de Periodistas Europeos y la Fundación Diario Madrid.

Doy la palabra al moderador, el periodista Miguel Ángel Aguilar, secretario general de la Asociación de Periodistas Europeos y vicepresidente de nuestra Fundación, así como la bienvenida a los profesores José Álvarez Junco y Joaquim Coll, a todos ustedes y, muy expresamente, el agradecimiento del patronato de la Fundación Diario Madrid a los responsables de la Asociación para la Defensa de la Transición y de la Fundación Transición Española, que destacan entre quienes nos han animado y han hecho suya la convocatoria para este ciclo, que ha sido capaz de desbordar el aforo de nuestra aula de actos.

Miguel Ángel Aguilar

Creo que hay que entrar directamente en materia. No voy a dar muchos detalles –lo ha explicado muy bien José-Vicente– de cómo salta la chispa que nos lleva a poner en marcha este ciclo de diálogos.

De lo que se trata es de ser capaces de llegar a gentes como las que habéis venido aquí, de conseguir que estos diálogos sean un incentivo para la reflexión inteligente, una reflexión que, cuando se ha empleado, ha dado unos resultados espléndidos de los que ahora, a veces, se quiere hacer cenizas. Me refiero a la Transición y a tantas otras cosas que se han hecho con un diálogo reflexivo e inteligente y sin separarse en las abstracciones, sino realizando lo que se llama la función clorofílica. Es decir, ir sintetizando a partir del oxígeno y del nitrógeno esa savia que hace que las plantas crezcan. Vamos a ver si somos capaces de hacer aquí también la función clorofílica. Veo muchos brotes verdes y ya se sabe que para que la función clorofílica se produzca hace falta ese color en las plantas.

Se pone pues en marcha este tren, este AVE Madrid-Barcelona, que haremos alternativo. Como se explica en el arranque del libro de Joaquim Coll y Daniel Fernández *A favor de España y del catalanismo: un ensayo contra la regresión política*, hay ahí mucho ruido que debemos filtrar para quedarnos con alguna cosa realmente valiosa. Yo le agradezco muchísimo que haya venido.

El profesor José Álvarez Junco estuvo aquí, no hace mucho, para presentar un libro sobre la historia del *Heraldo de Madrid*, que es el periódico del que se incautaron las fuerzas «victoriosas» en marzo del año 1939, para lanzar desde ahí, sobre esas instalaciones, esas rotativas, el diario *Madrid*, que posteriormente fue entregado a un franquista indudable como era Juan Pujol. Fue muy interesante conocer la historia del *Heraldo de Madrid* y el subtítulo del libro, que dice «Tinta catalana para la II República Española», es la demostración de cómo interesaba entonces en Cataluña, en Barcelona, estar presentes en Madrid con una propuesta política y periodística.

El profesor Álvarez Junco acaba de presentar hace unos meses un libro, que es el tomo decimosegundo de esa *Historia de España* que dirigen Josep Fontana y Ramón Villares, y que me ha costado muchísimo encontrar, seguramente porque vive esa experiencia apasionante de la clandestinidad. Porque ni siquiera en Marcial Pons —que es una de las dos editoriales, con Crítica, que lo ha coeditado— decían tener ninguna noticia; una cosa admirable. Yo les pido a ustedes que se sumerjan en esa clandestinidad apasionante para conseguir este tomo, que ha dirigido, y en el que hace aportaciones de máxima relevancia, José Álvarez Junco.

Porque vienen muy al hilo de lo que vamos a debatir aquí. Lo que hace Álvarez Junco en ese libro no es exactamente un repaso de la historia. Lo que hace es explicar cómo se ha escrito esa historia, desde qué ángulo se ha escrito, con qué objetivo se ha escrito, qué trabajo han hecho los historiadores de cabecera; que es un género muy antiguo por el que él hace una cabalgada muy inteligente. Porque todo el que estaba en el poder entonces, igual que ahora, quería que alguien reescribiera la historia de tal manera que su presencia en el poder fuera la consecuencia natural, lo que esperábamos, el advenimiento de todos los bienes. Y, para eso, en el pasado muchas gentes necesitaban que alguien les escribiera, les enlazara con las dinastías o con las antigüedades o con los mitos más relevantes para, de esa manera, formar parte de lo más valioso de la historia. Esto está entre nosotros desde siempre. Desde Covadonga para delante cada uno hizo esos encargos a los historiadores de cabecera, a los monjes distinguidos, a los que tenían

alguna cultura que podía ser funcional a esos efectos. Creo que descomponer esos elementos y presentarlos con inteligencia y con rigor es un trabajo extraordinariamente valioso en un momento como éste.

La pretensión de este ciclo no es otra que contribuir al debate inteligente. En los sucesivos encuentros procuraremos mantener esta línea que iniciamos hoy, que trata de demostrar pluralismo y apertura y que huye de cualquier sectarismo y de cualquier intención perversa.

Le pediría al profesor Álvarez Junco que diera unas pinceladas sobre estos temas. Después se lo pediré también a Joaquim Coll para, a continuación, empezar el diálogo y dar también participación a los que habéis querido acudir aquí.

José Álvarez Junco

Muchas gracias, Miguel Ángel. Como siempre, es un gusto estar aquí. Te agradezco especialmente que hayas hecho publicidad de mi libro, porque está pasando desapercibido y me ha llevado unos cuatro años de trabajo. Si a alguien le interesa la historia de la historia de España, ahí tiene una aproximación a ese tema.

Venimos hoy a debatir fundamentalmente el libro de Joaquim Coll y de Daniel Fernández, *A favor de España y del catalanismo*. Tengo que decirles que no va a ser fácil el debate por una razón muy sencilla, porque estoy bastante de acuerdo, básicamente de acuerdo. Creo que es un libro bien intencionado, inteligente, que tiene muchas cosas sensatas. Su tesis central, para quienes no lo hayan leído, es que hay que hacer una afirmación del catalanismo, pero de un catalanismo no excluyente, de un catalanismo que no es ajeno a España, sino que está integrado en España, en una concepción de España plural, de España plurinacional. A favor del catalanismo como motor de España, como quiso ser el catalanismo clásicamente, como quisieron ser el regionalismo y el nacionalismo catalán en el pasado. Si hay algún punto en que podamos debatir, en el que pueda haber algo de desacuerdo, es en esa idea de la España plurinacional, nación de naciones,

que ellos sostienen; reconociendo que España, desde luego, no es una nación única y homogénea, con una única cultura, sino que es plural, que no es sólo un Estado, sino que es mucho más que un Estado.

Miguel Ángel Aguilar

Creo que tú, en uno de los intercambios por correo electrónico que le brindamos a la NSA americana para ilustrarles sobre estos asuntos, me proponías variar la denominación del ciclo, que había sido pensado inicialmente como «España con Cataluña», por éste de «España plural, Catalunya plural».

José Álvarez Junco

Sí. Me explico. Lo que sostiene Joaquim en su libro es que España es una nación de naciones. Me parece una fórmula difícil por una razón muy sencilla, porque el nacionalismo es un principio excluyente. Es decir, no hay nacionalismos pluralistas, todo nacionalismo tiende a ser homogeneizador y a no aceptar ninguna otra nación dentro de su nación. Desde el punto de vista de los nacionalismos o de las naciones, será muy difícil que se entiendan el catalanismo y el españolismo, porque los dos son excluyentes. Los españoles, si pudieran, borrarían cualquier otra lengua de la Península Ibérica, incluida Portugal. Un nacionalista extremo intentaría incluso eso, borrar el catalán, el vasco y el gallego; lo intentaría porque si somos españoles aquí se habla español y se acabó. Ésa es su concepción. Mientras que un catalanista haría exactamente lo mismo; si pudiera, en su mundo ideal, en Cataluña sólo se hablaría catalán.

¿Cómo podemos entonces llegar a un acuerdo? Eliminando el ideal de nación, intentado superar el ideal de nación. No sólo el de Estado-nación, que ya está en trance de morir. El viejo concepto de soberanía ya no tiene validez, porque hemos cedido competencias hacia arriba a la Unión Europea, y hemos cedido competencias hacia

abajo a las regiones o comunidades autónomas. Además estamos sometidos a las presiones de multinacionales, etc.

No sólo hay que superar el Estado-nación, que no tiene ya las viejas competencias de soberanía absoluta que formaban parte de su modelo ideal, sino la idea misma de nación como un ente ideal al cual pertenecemos y que ha existido, a ser posible, eternamente en la historia, porque fue creado directamente por la divina providencia o de una manera milenaria, antiquísima, porque es un ente ideal que nos une con nuestros abuelos y que nos unirá con nuestros nietos, porque es eso a lo que yo pertenezco, lo que me sobrevivirá. La nación, en definitiva, sustituye a la religión. Es eso que me va a convertir en inmortal, porque es lo que es, un ente al que pertenezco, que superará la brevedad de mi pobre vida humana. Y esa nación tiene que ser homogénea.

Eso, en el mundo en que vivimos, es imposible, sencillamente. No hay sociedades homogéneas. De ahí que yo proponga el título «España plural». España es plural; toda sociedad hoy día es plural. Estamos llenos de marroquíes y de rumanos y de latinoamericanos y de gentes que hablan diversas lenguas. Eso es lo que llamamos España.

Miguel Ángel Aguilar

Don José, llenos no sólo en los barrios de la periferia, sino en los lugares donde se cultiva más el patriotismo, como por ejemplo en las Fuerzas Armadas. Éste es un asunto también para reflexionar.

José Álvarez Junco

Sí, me gustaría saber cuál es el discurso que les lanza en las Fuerzas Armadas el coronel de turno. ¿Qué les dice hoy a esos soldados enrolados, profesionales, que se llama uno Julio César y viene de Colombia, otro Miroslav y viene de Polonia y otro se llama no sé cuantos y viene de Marruecos...? ¿Y si les dice que por sus venas corre la gloriosa sangre

del Cid? Son discursos completamente desfasados para el tipo de sociedad en el que vivimos. Pero no me refiero sólo a las identidades española, catalana, rumana o la que haya. Es que hay también identidades de género: somos hombres, mujeres, homosexuales... Somos veinte mil cosas distintas. Somos jóvenes o viejos, somos profesores o alumnos, somos del Real Madrid o del Barcelona, o somos melómanos. Todos tenemos infinidad de identidades a las que pertenecemos y, en muchos casos, éstas son mucho más importantes para nosotros que la nacionalidad o la profesión que tenemos.

Hay que aprender a convivir con muchas identidades, identidades colectivas que no proporcionan derechos políticos. Los derechos políticos los proporciona un documento de identidad, un pasaporte y unos derechos que confiere la Constitución, así como el pago de unos impuestos. Si basamos la concepción de la convivencia en una sociedad moderna en nuestra adscripción legal a un Estado al que pertenecemos, y no en rasgos étnicos —como que yo me llamo Álvarez y mis cuatro abuelos son de aquí y mi piel es blanca y soy católico y, por tanto, tengo más derechos que tú que eres un recién llegado—, si lo basamos en eso, a lo mejor por ahí podemos llegar a un entendimiento.

Por tanto creo que lo que hay que hacer es intentar superar el concepto nación. Planteo esto como una posible discrepancia, casi mi única discrepancia, con un libro con el que, repito, estoy de acuerdo y que me parece que está lleno de cosas sensatas, inteligentes y, sobre todo, bien intencionadas. Lo que pasa es que, desgraciadamente, sólo con buenas intenciones no se resuelven los problemas.

Joaquim Coll

Agradecer esta amable invitación de la Fundación Diario Madrid, vehiculada a través de mi buen amigo Rafael Jorba, a quien, como contabais antes, premiasteis hace unos meses. Pienso que esta iniciativa es muy interesante y muy importante. Porque tengo la impresión de que en Madrid y en el resto de España no hay suficiente conciencia de cuál es la situación real que se vive en Cataluña. La situación en Cataluña es explosiva y

no conduce a nada bueno. El año que viene, el 2014, es el año del tricentenario de la caída de Barcelona el 11 de septiembre de 1714. Por tanto, creo que son necesarias iniciativas como éstas, que tiendan a mostrar que, efectivamente, en el otro lado, como se dice desde Barcelona, hay alguien que nos escucha.

A menudo el soberanismo dice que apela al independentismo porque en el otro lado no hay nadie. Yo soy de los que dice que no, que eso es mentira, que en España hay muchísima gente que hace esa afirmación de esta España plural y que considera imprescindible que el modelo democrático que empezó a funcionar en 1978 se reforme, se mejore, y por tanto el proyecto común siga adelante. Y que, evidentemente, hay mucha gente que siente empatía y siente cariño por Cataluña y por los catalanes. Por tanto me felicito de que esta iniciativa, que celebro, se quiera trasladar a Barcelona.

También me agrada compartir esta mesa con el profesor Álvarez Junco, un primer espada de la historiografía. Yo soy un modestísimo historiador, sin cátedra ni titularidad; más bien soy un propagandista en los medios de comunicación a favor de España y del catalanismo. Me hace mucha ilusión coincidir con él porque hice mi tesis doctoral sobre un personaje que no conoce nadie —en la sociedad catalana sí, pero fuera de allí muy poca gente—, que es Narcís Verdager i Callís, que fue el padre político de un político posibilista como Francesc Cambó, quien, antes de dar el salto a la política a través de la Lliga, se formó e hizo sus primeros pinitos como periodista en el semanario *La Veu de Catalunya*, que dirigía Verdager. Cuando yo preparaba la tesis, Álvarez Junco publicó su biografía de Alejandro Lerroux, que me fue utilísima porque Verdager i Callís era concejal de Barcelona y estaba enfrentadísimo con los lerrouxistas; enfrentado a muerte. Aunque luego se medio reconcilió, porque salvó al capitoste del Partido Republicano Radical en Barcelona, que era Emiliano Iglesias, que estaba en la cárcel por los hechos de la Semana Trágica, y, a cambio, entre regionalistas y lerrouxistas, endosaron el muerto de la Semana Trágica al pobre Francesc Ferrer i Guàrdia. Por tanto, su biografía de Lerroux me ayudó mucho y me hizo entender bastante bien la importancia de lo que fue el Partido Republicano Radical en Barcelona, que vino a suplir, en realidad, la no existencia de una especie de laborismo.

Este ciclo se puede entender como una reacción a ese simposio que se celebra al final de este año en Barcelona, que se titula «España contra Cataluña»; una mirada histórica que ha merecido incluso algún editorial en *El País*, y en otros medios de comunicación, y que ha puesto un poco sobre aviso del papel que se quiere hacer desempeñar a la historia en esa fecha tan trascendental del tricentenario de la caída de Barcelona. Si nos fijamos, aquí lo que se está construyendo es un relato, ese relato de España contra Cataluña, ese continuo histórico de represión, de desencuentro, de maltrato. Esto es realmente lo peligroso, porque, como decía el escritor francés Paul Valéry: «La historia es el producto más peligroso que ha elaborado la química de la inteligencia. Sus propiedades son bien conocidas, hace soñar, embriaga a los pueblos, los hace concebir falsos recuerdos, exagera sus reflejos, mantiene abiertas las heridas, los atormenta, los lleva a un delirio de grandeza o al de la persecución, hace que las naciones se vuelvan amargas, soberbias o vanidosas.» Creo que, por desgracia, hemos caído en esto en Cataluña. Hemos caído en el cultivo del resentimiento que nace de una idea de humillación. En este sentido retomo la idea del simposio, que tiene unos epígrafes que inciden en el exilio, la represión lingüística continuada, la españolización... En fin, siempre en esa visión en negativo. Lo cual no significa que no haya una historia de conflicto, una historia problemática en muchos aspectos, como comentaré más adelante.

El simposio «España contra Cataluña» es muy preocupante no solamente porque lo patrocine la Generalitat de Catalunya, el Departamento de Presidencia y un centro de estudios de Historia Contemporánea, sino porque, además, lo avala una institución científica como es el Institut d'Estudis Catalans, que es la institución de la lengua, que tiene secciones históricas, arqueológicas, filológicas... Por tanto, no se trata solamente de un simposio con la carga política de un Gobierno que tiene un color y un programa, sino que recibe el aval de una Academia. Además hay una serie de historiadores, algunos prestigiosos y reconocidos, que también se entregan a este juego de manipulación, de esquematismo y de visión reduccionista. La última conferencia de este simposio, que se titula «La humillación como desencadenante de la eclosión independentista», no la

pronuncia un historiador, sino un sociólogo, que es Salvador Cardús, un sociólogo prestigioso pero claramente militante del proceso soberanista e independentista, que además es miembro del Consejo Asesor de la Transición Nacional.

En Cataluña vivimos una situación explosiva y desconocerlo sería el primer error para no afrontar el problema, un problema que puede acabar en una gran frustración. Pero también creo que inevitablemente vamos a vivir algún tipo de episodio insurreccional, pienso que va a ser difícil que no ocurra un accidente, porque la carga emotiva, emocional, la dinamita que lleva el carro, es de tal dimensión que es difícil que no suceda nada. Por tanto, en Cataluña se ha construido este discurso, este resentimiento, basado en la idea de la humillación, que nace no tanto de la historia, porque la historia aquí es muy instrumental. Estamos ante el tricentenario de 1714, pero no se hacen las grandes preguntas sobre la Guerra de Sucesión, que se intenta hacer pasar por una guerra de secesión, lo cual es a todas luces una mentira.

Miguel Ángel Aguilar

Quiero tranquilizarte sobre este particular. Decirte que en diciembre la Fundación Carlos de Amberes presentará aquí en Madrid, en su sede, una extraordinaria exposición sobre 1714, sobre la Guerra de Sucesión. Es un proyecto europeo que ha merecido el apoyo de la Comisión Europea, en el que están Holanda, Francia y España. La exposición está teniendo ahora mismo su primera manifestación en la ciudad de Utrecht, en Holanda, y después irá a la ciudad de Rastatt, en Alemania, y después vendrá aquí. Como siempre, es muy difícil hacer este esfuerzo y conseguir los fondos para pagarlo, pero realmente creo que será una contribución de primer orden. Entre otras cosas porque servirá para —con datos, con documentos, con trabajos, con seriedad científica— establecer qué es lo que se disputaba allí, para dejar claro que la Guerra de Sucesión fue una guerra europea, una guerra en la que se combatió en España, pero también en Francia, en Alemania —o en territorios de lo que luego fue Alemania—, en territorios que luego formaron

parte de Italia, Austria, Suiza. Fue, desde ese punto de vista, una guerra europea. Fue la única guerra –aquí hay historiadores que me lo podrán desmentir– en la que hubo en España treinta mil portugueses combatiendo en el lado del archiduque. Pero perdona; era para darte un elemento tranquilizador.

Joaquim Coll

Evidentemente, el argumento del 1714 no resiste dos minutos. Pero es cierto que se ha construido este relato, que la gente que no va a exposiciones, o que si va, irá tal vez a la que se hará en el antiguo Mercado del Born, que se titula *Donec Perficiam*, que coge el lema de las tropas austracistas, que es «hasta la victoria». Todo lo que se hace, como muestra ese simposio que comentaba, es lo que interesa hacer: trescientos años desde que se perdió la soberanía, desde que se perdió la pseudo independencia y, por tanto, trescientos años de represión antes de la liberación, de la independencia, que tiene que llegar justamente en el año del tricentenario.

La historia al final es instrumental, porque, como decía muy acertadamente Ricardo García Cárcel: «Hay que reiterar que las diferencias, como las similitudes, más que la naturaleza, las construye la historia. Los fosos de la separación pueden ser tan abismales como fácilmente franqueables. La bipolaridad Cataluña-España no tiene sentido a la luz de las muchas Cataluñas y de las muchas Españas que nos unen y nos separan al mismo tiempo.» Por tanto, efectivamente, si estuviéramos en otro contexto, se le podría dar otra connotación a los datos históricos y no pasaría nada. En ese sentido, la historia juega un papel muy instrumental en estos momentos. Me refiero a que la idea de la humillación, lo que hay detrás de la pulsión independentista, tiene básicamente dos argumentos: el argumento fiscal, el argumento del expolio, del «España nos roba», que en definitiva no deja de ser una revuelta fiscal como la que intentó hacer la Liga Norte en Italia; y luego el argumento político, el argumento del desencuentro, del imposible encaje, etc. Es un relato que liga con la historia de la Transición, que se ha convertido en un

material político; se mira a la Transición no en función de lo que fue, sino en función de los proyectos políticos actuales.

Ésta es la realidad. Ahora bien, ¿esto significa que todo es mentira, falsedad, impostura? No. Efectivamente, no es así. En esta indignación catalana hay una parte también de verdad histórica, como dice Borja de Riquer en la presentación de su libro *Alfonso XIII y Cambó*, que se ha publicado recientemente: son cien años de incompreensión política, de resistencia a una España abiertamente plural, planteada por un catalanismo que no era secesionista, como hasta ahora. Creo que es sobre este punto sobre el que tenemos que centrar la discusión.

El catalanismo ha sido, por lo menos hasta ahora, un proyecto también para España. Ha sido un proyecto hispanista. El catalanismo ha dedicado casi más horas, más tiempo, a discutir cómo debía ser España que a cómo debía ser Cataluña. Sobre cómo debía ser Cataluña hay bastante poca unanimidad; en estos treinta y pico años ni tan siquiera hemos sido capaces en el Parlamento de Cataluña de hacer una ley electoral, una división territorial sensata y ordenada. Por tanto, la resolución de este desencuentro ha de partir de la base de que el catalanismo ha sido y es un proyecto también para España, un proyecto regeneracionista. En realidad, Joan Maragall, Pi i Margall, Prat de la Riba, Cambó... son regeneracionistas españoles; lo que se están planteando son problemas y enigmas españoles, algo que muchas veces no ha sido suficientemente atendido. Este momento crítico en el que estamos es el del relato sobre el fracaso del Estatuto, el de la imposibilidad de reformar la Constitución, sobre lo que ya nos advertía Francisco Rubio Llorente en 2006. Por tanto, estamos en medio de una crisis de Estado, que es económica, social, política, que es institucional, y que tiene, como en otros momentos de la historia contemporánea de España, como epicentro a Cataluña. En el siglo xx ya ha habido otros momentos en que crisis generales tenían a Cataluña en el epicentro. Cataluña, por su idiosincrasia, concentra gran parte de todas estas contradicciones.

Nosotros planteamos la idea de «nación de naciones», aun estando completamente de acuerdo en que de la nación sería mejor que no hablásemos, porque en nombre de la

nación se han cometido enormes crímenes, igual que en nombre de la religión. Pero, por desgracia, seguramente tenía razón Carl Schmitt cuando decía que el mito de la energía nacional es superior al mito de la lucha de clases. Por tanto, necesitamos también valores emocionales y pensamos que en la propia lectura de la Constitución del 78, sobre todo en el debate sobre el artículo 2 que hubo entre los ponentes –en el que participaron Jordi Solé Tura y Miquel Roca–, esta idea de la nación de naciones estaba implícita. Una idea que sí que puede tener valor emocional, que supera lo que sería la apelación al simple constitucionalismo, que podría ser un recurso para no cambiar nada, para no hacer nada o hacer una lectura muy literal de la Constitución, donde los aspectos de la unicidad tienen más potencia que los de la pluralidad. Ésa es un poco la lectura que ha hecho el Partido Popular, que está practicando el neocentralismo en estos años de doble regresión, entre neocentralismo y soberanismo. Pensamos además que la idea de nación de naciones va más allá de la apelación al patriotismo cívico, que sería otra manera de entenderlo.

En esta historia, que nunca será del todo feliz porque siempre habrá tensión –igual que hay tensión social, igual que los conflictos sociales nunca se resuelven más allá del paraíso comunista–, pues pensamos que la cohabitación de identidades diversas y plurales, la «nación de naciones», puede ser el paraguas que nos cobije a todos.

Miguel Ángel Aguilar

Si os parece, el profesor Coll podría formular algunas preguntas al profesor Álvarez Junco, y viceversa, después empezamos inmediatamente a dar la palabra a los que estáis aquí.

Joaquim Coll

Yo preguntaría, tal vez tiene difícil respuesta, cómo piensa él que podemos recuperar el clima moral, intelectual y político que haga posible, otra vez, pensar España desde la generosidad, como sucedió hace 35 años.

José Álvarez Junco

A mí lo que más me preocupa de lo que has dicho es cuando has advertido que podría ocurrir algún accidente insurreccional. No sé si te refieres exactamente a incidentes entre catalanoparlantes y castellanoparlantes. Una característica del caso español, que es bastante importante tener en cuenta, es que no existe un conflicto étnico. En España no estamos en una situación a la yugoslava, en la cual serbios y croatas no se hablan, no van a los mismos bares –si coinciden en un bar puede haber una pelea–, sus hijos no se casan entre sí, etc. En España lo que hay es un conflicto entre élites políticas, básicamente barcelonesas y madrileñas, que compiten por distribuir competencias o por apropiarse de competencias y recursos. Ése es el conflicto. Esas élites políticas agitan fantasmas ideológicos y emocionales que pueden acabar siendo interiorizados por la gente y que pueden llevar a conflictos, a choques diarios. Esperemos que no sea por ahí por donde vayan a derivar las cosas. Porque de momento, desde luego en España, en Cataluña, no ha habido jamás una pelea en un bar entre catalanoparlantes y castellanoparlantes; jamás. No ha habido ese tipo de problemas. Esperemos que no se derive en una cosa de ese tipo.

¿Cómo volver a las circunstancias de mil novecientos setenta y tantos, a las de la Transición? Es muy difícil, pues las circunstancias históricas cambian. En la Transición estábamos dominados básicamente por un miedo saludable, el miedo a la repetición de la Guerra Civil, estábamos dominados por un deseo bastante unánime de superar la dictadura y establecer un sistema político homologable con el de los países más civilizados de Europa y de América. Eso ha desaparecido, porque hemos conseguido establecer una democracia. Pero, aunque las circunstancias históricas cambian radicalmente en cada momento, sin embargo, los discursos políticos se mantienen. Es curioso que, a pesar de cambiar las circunstancias históricas, los discursos políticos se mantengan con tanta rigidez.

Pensemos en las circunstancias históricas de hace cien años, ciento quince años, a finales del siglo XIX, en mil ochocientos noventa y tantos, cuando surge el catalanismo

político, a raíz del 98, y se convierte en una fuerza política. Lo que era fundamentalmente un movimiento en defensa de la lengua y de las tradiciones acaba convirtiéndose en un movimiento político con una petición clara de autogobierno. ¿Cuáles son las circunstancias de ese momento? Estábamos en un país más bien pobre y abrumadoramente agrario. Pobre en relación con los países europeos, como Francia, Alemania o Inglaterra; naturalmente no pobre en relación con Marruecos ni con Grecia ni con Polonia o Turquía. Con la periferia europea era perfectamente homologable, pero desde luego no con los grandes países europeos con los que se compara. Era un país con gravísimos problemas de desequilibrio económico en el que había dos focos industriales, Barcelona y Bilbao; el resto era un océano agrícola y atrasado. Y, sin embargo, el centro político estaba colocado en ese resto, en lo que entonces se decía un poblacho manchego, que era Madrid. Era un país con gravísimos problemas de desigualdades en la distribución, por ejemplo, de la propiedad de la tierra, que era el bien más importante, con problema de latifundistas y de braceros sin tierra. Un país con pretorianismo, intervenciones militares y cerca de cien pronunciamientos –entre los fallidos y los exitosos– a lo largo de un siglo. Salíamos casi a un pronunciamiento al año. Un país con un clericalismo, con una intervención de la Iglesia en la vida política, terrorífico y constante, en el que incluso una cosa tan elemental como la tolerancia religiosa era muy difícil de establecer. Consiguió establecerla Cánovas en la Constitución de 1876 y le costó mucho frente a sus propias fuerzas conservadoras. Y un país con un problema también de distribución territorial, con un problema de ajuste de Cataluña y del País Vasco en el Estado; un Estado que se estaba intentando modelar sobre el tipo francés, extremadamente centralizado y que no estaba funcionando. Un país con enormes problemas en la eficacia de la administración pública, en el que una orden que daba un ministro, para que luego se cumpliera, tenía que ser pactada con los poderes locales, con los caciques locales, que la cumplían o no en su territorio según a cambio de qué se les daba.

Piensen ustedes en todos los problemas que tenía la España de alrededor de 1898. En ese momento salen catalanistas y vasquistas, se convierten en movimiento político y

dicen aquí estamos nosotros, somos los más modernos de Europa –yo tengo conexiones con Londres, yo tengo conexiones con París– y no tengo por qué estar sometidos a ese poblacho manchego que es Madrid, pues yo tengo un proyecto de modernización, etc. Esas circunstancias –repásenlas ustedes una a una– han desaparecido todas. Somos un país que ha hecho el despegue económico, la industrialización, que se ha convertido en un país de servicios, que ha elevado su nivel de renta de una manera descomunal, que ha establecido una democracia consolidada, que ha conseguido superar el sistema centralista y que ha hecho una descentralización de las más grandes que se registran en Europa; seguramente la más grande en las últimas décadas. Somos un país en el que, por supuesto, ha desaparecido el problema agrario de latifundistas y braceros sin tierra, en el que, aunque no haya desaparecido del todo, el problema del clericalismo y la influencia y la intervención de la Iglesia en la vida no es nada comparado con lo que era. Un país en el que ha desaparecido, prácticamente a todos los efectos, el pretorianismo, la intervención de los militares, en el que tampoco hay que pactar ya con el caciquismo, en el sentido clásico; aunque hay algunos restos de clientelismos y de corrupciones, no tienen nada que ver con aquello. Y, sin embargo, el discurso sigue siendo el mismo. El Madrid ciudad de funcionarios, ciudad vaga, el espíritu productor de los catalanes frente al espíritu meramente consumidor de los castellanos, ese tipo de discurso que probablemente tuviera alguna adecuación con la realidad hace ciento y pico años, pero que no tiene ninguna con la del presente. Lo que me sorprende es cómo los discursos políticos mantienen su permanencia aunque las circunstancias cambien.

Si vamos a la situación de hace treinta y cinco o cuarenta años, nos ha desaparecido ese miedo a la Guerra Civil y ese miedo a no ser capaces de superar la dictadura. Los que fuimos hijos de la Guerra Civil sentimos esas sensaciones y seguimos teniendo un cierto recelo, un cierto resquemor, de no volver a caer en algo así. Pero los que son ya nietos, o incluso bisnietos, de la Guerra Civil no parecen tener esos miedos y se han lanzado a posiciones mucho más audaces. No lo sé... Esas posiciones están llevando en Cataluña a una situación, como tú dices, explosiva. No sé qué podría ser un episodio

insurreccional, no se me ocurre: ¿un episodio en el que hubiera que recurrir al ejército para imponer una orden que llegara de Madrid y que la Generalitat se negara a cumplir? No lo veo imaginable. Creo que la sensatez catalana ha demostrado ser mucho mayor que eso y que será fácil que se llegue antes de ese momento a una negociación. Pero tienes razón: es verdad que estamos en una situación nueva, que las cosas han variado mucho, incluso en los últimos tres años, desde que salió este libro, que es de 2010 y se nota, porque sois mucho más optimistas de lo que probablemente seriais ahora si escribierais el mismo libro. Los datos que dais en cuanto a los catalanes que sienten la doble pertenencia ya no sirven, han variado notablemente, aunque sigue siendo mayoría la doble identidad. Es decir, que las circunstancias históricas cambian a gran velocidad y no sé hasta dónde puede llegar la cosa.

Joaquim Coll

Retomando el tema étnico, el tema lingüístico, el tema de los orígenes, efectivamente el independentismo ha logrado algo que parecía imposible hace quince años, que es saltar el muro de la doble identidad. Los catalanes hace décadas que compartimos catalanidad y españolidad en grados diversos, porque nunca las adscripciones identitarias son únicas. Yo me siento catalán y español de manera diferente a como se puede sentir mi madre, por ejemplo, y me siento mucho más europeo de lo que se siente mi madre.

A través de ese doble discurso del resentimiento y de la humillación, en base a la idea del expolio, del «nos roban», de que Cataluña aporta mucho más de lo que recibe, de la idea de un maltrato sistemático, de una serie de agravios en relación al concierto vasco-navarro, de una España subsidiada, de estos tópicos sobre el Madrid funcional, y en base al corte que significó la sentencia del Tribunal Constitucional, el independentismo ha logrado construir el discurso del robo y de la afrenta de la sentencia del Constitucional, de que España ha dicho no a Cataluña, de que el modelo autonómico ha muerto. Este libro lo hicimos unos meses antes de que se pronunciara el Constitucional

y ya advertíamos que el recurso de inconstitucionalidad del PP iba a suponer la herida más profunda en el proyecto común español. No porque no fuera legítimo presentar un recurso, sino porque parecía un contrasentido que unos jueces retocaran lo que previamente el pueblo de Cataluña había votado. Y si al discurso independentista le añadimos la crisis económica tremenda, pues todo esto hace de acelerador.

Por eso creo que puede haber un episodio insurreccional, porque la independencia se ha transformado en Cataluña en una utopía activa de las clases medias profesionales, medias-altas, no de sectores marginales, de sectores dinámicos. Hay mucha *intelligentsia*, por así decirlo, mucha gente pensando. No es en absoluto despreciable y se ha transformado en una especie de gran ilusión: a través de la independencia saldremos de la crisis, es una pócima mágica que todo lo resolverá, la posibilidad de hacer un país nuevo frente a una España que es un Estado fallido. Luego está el imperativo de hacer una consulta el año que viene, una consulta que no se puede realizar de manera legal porque la Constitución no permite una consulta clara e inequívoca sobre la secesión territorial. Habría antes que modificar la Constitución. Un proceso largo y complejo, si es que hubiera consenso. Sin embargo, el independentismo ha conseguido lanzar este equívoco del derecho a decidir, que es algo irrevocable, que está cogiendo mucha fuerza. ¿Quién puede estar en contra del derecho a decidir? Nadie. El derecho a decidir es imbatible como enunciado.

La situación es explosiva. Si no hay consulta habrá una gran frustración. Pero no es un problema sólo de los políticos o del Gobierno de la Generalitat; hay una sociedad catalana hipermovilizada a través de asociaciones de orden diverso que están en ese camino. Por tanto, lo primero que hay que hacer es tomar conciencia de ello, de que no es un problema solamente de unos partidos, de unos políticos, de un Mas que anticipó unas elecciones y al que le salió el tiro por la culata, sino que después ha caído prisionero de una estrategia de radicalización. Y, como todas las dinámicas de radicalización, todo va a más. Por eso creo que el accidente es casi inevitable, porque el nivel de incomunicación entre Madrid y Barcelona es alto –no sólo entre los políticos sino también en la sociedad– y el riesgo de implosión en Cataluña también lo es.

Son tantas cosas... Creo que todo lo que estás diciendo es cierto. Lo del derecho a decidir es evidente que es un argumento potentísimo. ¿Quién puede negar, desde un punto de vista democrático, que nosotros tenemos derecho a decidir nuestro futuro? El problema está en decidir quiénes somos nosotros. El problema no es la autodeterminación de los pueblos. Yo escribí una vez un artículo que se titulaba «La determinación de los pueblos». Nosotros tenemos derecho a decidir, de acuerdo: el futuro de Cataluña lo decidimos los catalanes. Bien. Pero somos españoles. Cataluña doy por supuesto que es una parte de España, es mi brazo, digamos, y a mí me van a cortar el brazo. ¿Y no me van a preguntar a mí? Los españoles tenemos derecho a decidir. Naturalmente un catalán lo entenderá perfectamente si decimos que en un hipotético referéndum de independencia podría salir la independencia por un 51% o por un 55% o por un 60% —por lo que ustedes quieran—, pero en la provincia de Lérida entera o en Tarragona entera podría salir que prefieren quedarse en España. Entonces los de Lérida dirían: «Ah, usted perdone, pero los leridanos, o ilderdenses, desde el punto de vista estrictamente democrático, tenemos derecho a decidir el futuro de la provincia de Lérida, porque es nuestra.» Y entonces Cataluña dirá: «¡No, por favor! ¡Lérida forma parte de Cataluña! ¿Cómo me van a cortar un brazo sin preguntarme a mí si quiero que me lo corten?» Es decir, ellos estarían de acuerdo. Lo difícil es predeterminar quién es el nosotros, el *demos* sobre el que se construye la democracia. Ese *demos* para un nacionalista está predeterminado y, por tanto, el resultado de ese referéndum también estaría predeterminado. Para un nacionalista español está claro que tendríamos que votar todos los españoles y para un nacionalista catalán sólo tendrían que votar los catalanes y si, dentro de Cataluña, alguna región o pueblo o barrio o provincia o comarca decide lo contrario, de ninguna manera se va a tener en cuenta.

Si el problema es —perdonen que plantee una segunda cosa— ese discurso que tú has definido muy bien como discurso del expolio y discurso de la afrenta, no hay duda de que

la sentencia del Tribunal Constitucional y todo el planteamiento estratégico del asunto del Estatut estuvo muy mal hecho. No se debe someter una cosa a referéndum primero y luego someterlo a unos jueces que pueden tener una opinión contraria a la del referéndum. Eso es una barbaridad y causa agravio, sin duda. Pero sigo creyendo que el problema fundamental no es tanto de estatuto o de competencias o de recursos, ni económico por la balanza fiscal, sino que el problema sigue siendo la lengua y la cultura, y que si lo que hubiera fuese un reconocimiento más claro, tanto del catalán como lengua en la esfera pública española como del castellano como lengua en la esfera pública catalana, quizá encontrásemos un camino por el que el conflicto podría disminuir, reducirse.

En Cataluña los nacionalistas catalanes hacen lo mismo que los nacionalistas españoles en el resto del país, que es ignorar la otra lengua. Los nacionalistas españoles de ninguna manera están dispuestos a que ni siquiera en el Senado, la cámara territorial, se puedan utilizar las distintas lenguas. No sé por qué, pues, si existen esas lenguas en este país, ¿por qué no otorgarles un espacio público? Me parece que se podría. En cambio los nacionalistas catalanes allí hacen lo mismo. En un país bilingüe en el que la mitad de la población prácticamente habla castellano, el castellano no existe en el espacio público catalán ni en el sistema educativo. ¿Por qué no se le puede abrir al castellano un espacio ahí y reconocer el pluralismo de la sociedad catalana?

Miguel Ángel Aguilar

Me ha parecido sumamente interesante este asunto del expolio y la afrenta. La versión que aprendimos del Padre Nuestro cuando éramos pequeños decía «perdónanos nuestras deudas así como nosotros perdonamos a nuestros deudores». Y luego vino Rafael Termes, presidente de la Asociación Española de Banca, y cambió esa parte del Padre Nuestro porque aumentaba la morosidad y ahora decimos «perdónanos nuestras ofensas así como nosotros perdonamos a quienes nos ofenden». O sea que ahí están los dos niveles, el expolio y la afrenta, la deuda y la ofensa. Luego, en este asunto de la lengua, me parece

que el profesor Álvarez Junco ha movido una tecla muy relevante: en el estatuto de Cataluña, y en la Constitución también, se habla de las otras lenguas y de las comunidades que tienen lengua propia. Yo discutí de eso alguna vez encendidamente con el que era entonces secretario general de Convergencia, Pere Esteve. Yo le decía: «Pero vamos a ver, ¿cuando se dice lengua propia el catalán quiere decir que el castellano en Cataluña es una lengua impropia, cuando es la lengua de muchos catalanes?» La lengua castellana debe ser lengua propia también. Igual que aquí la lengua catalana debería ser lengua propia y debería, como tú muy bien dices, utilizarse en el Senado y en otros sitios.

Me ha interesado la cita que ha hecho Joaquim de Paul Valéry sobre la química ésta explosiva del nacionalismo. Yo tuve la ocasión de vivir en el año 1971-1972 —cuando cerraron el *Madrid*— en Bruselas. En contra de lo que decía Laureano López Rodó en sus conversaciones en Madrid con Salvador Pániker —«Estos problemas, cuando España tenga la renta per cápita...»; era el marxismo-laureanismo, que mantenía que con la renta per cápita se disolvían los problemas—, yo escribí entonces, y he escrito muchas veces después: «¿Y los belgas? ¿Qué pasa con los belgas?» ¿Qué pasa con los belgas, que tenían entonces una renta per cápita diez veces superior a la nuestra y se tiraban adoquines por mantener o por modificar una frontera lingüística, porque una comuna pegada a la aglomeración de Bruselas pasara a tener el estatuto de esa aglomeración y dieran validez idéntica a los dos idiomas? Con esa renta per cápita, con esa educación, con esa alfabetización de siglos, con ese gusto por la ópera y por el ballet, estos tíos se tiraban adoquines.

Luego ahí hay algo que es irreductible y que es, efectivamente, explosivo. Y, desde luego, si la situación está en ese límite de exasperación que nos cuenta el profesor Coll, donde cualquier asunto puede acabar generando incidentes insurreccionales, creo que habría que empezar a prepararse con inteligencia y dedicar parte de nuestro tiempo a entrenarnos como los Tedax, como equipos de desactivación de explosivos, porque la inteligencia nos debería llevar a eso antes que a la barbarie.

Bien. Palabras que hay pedidas. Vamos a abrir el debate al público asistente.

Rafael Fraguas

Muchas gracias a los ponentes y a la Fundación Diario Madrid y la Asociación de Periodistas Europeos por invitarnos a la reflexión sobre un tema de tanta trascendencia como éste. Bueno, la verdad es que quería hacer tres preguntas, una a cada uno de los miembros de la mesa. La primera es la más actual, por así decirlo. Hay un estudio de la Fundación Ebert —que tanto tuvo que ver con la Transición en España— en el que se barajan tres supuestos rumbos para Europa. El primer rumbo sería la continuidad tal como está y el segundo sería la ruptura entre el norte y el sur. El tercer rumbo que prevé la Fundación Ebert —vinculada al partido socialdemócrata alemán y con tanto ascendiente siempre sobre la política de este país— es la ruptura de Europa entre el norte y el sur, pero con las provincias o regiones más ricas del sur incorporadas al norte, como Cataluña, País Vasco, La Padania, etcétera.. Quería preguntarle a Miguel Ángel, desde la perspectiva europeísta, si conoce esto y cuál es su punto de vista.

La segunda pregunta quería hacérsela a cualquiera de los dos historiadores, pero sobre todo al profesor Álvarez Junco. La pregunta es si el origen de esta fronda compleja se encuentra ya en el primer gran litigio, en tiempos de Felipe IV, con el problema catalán, si nos puede ilustrar un poco sobre ese episodio y cuáles son las repercusiones luego en el austracismo y en ese alineamiento catalán con el archiduque.

Y, en tercer lugar, quería preguntarle al profesor Coll si conoce el episodio histórico —y curioso— por el cual, cuando se produce la crisis del 98, a los intelectuales de este país, para restañar las heridas profundas que se han abierto en el tejido patrio, no se les ocurre otra cosa que castellanizar la historia de España; es cuando surge el mito del Cid y cuando, en cierto modo, las nacionalidades periféricas encuentran la ocasión para reivindicarse y decir «Bueno, ¿qué pasa, que en este país los intelectuales nos niegan una participación en la historia a catalanes, vascos, gallegos, etc. y todo ha sido fruto de Castilla?» Le ruego que me informe sobre si tiene noticia de eso.

Lorenzo Zabala

Gracias por el interesante debate. Yo quería hacerle una pregunta al profesor Joaquim Coll y es en el siguiente sentido: aceptando lo que decíamos al principio de una gran uniformidad geográfica, de genes, de religión, de muchas cosas, me ha parecido interesante lo que ha dicho el profesor Álvarez Junco sobre interpretar esto, al final, como un conflicto entre las élites de Barcelona y de Madrid y, quizá más concretamente, a lo mejor, cómo una manera de afirmarse de esas élites ante un cierto fracaso político, ante una negación a compartir el poder. Me gustaría que me dijera cómo lo ve desde allí. Gracias.

Eloy Ibáñez

El señor Coll ha hecho una cita de Carl Schmitt que si tuviera a mano me gustaría que nos volviera a leer. Lo que sí está claro es que a Schmitt los alemanes le hicieron caso y construyeron su país sobre las emociones. La Alemania de 1945, que se había construido sobre las emociones, no parece que fuera un éxito para los alemanes, para que ellos vieran mejor. Miguel Ángel Aguilar después ha dicho que habría que desactivar los explosivos. ¿No sería mejor pedir a los que los ponen que no los pongan, que no pongan las bombas para no tener que desactivarlas? ¿No hay en muchas de esas cosas un deseo de utilizar lo que sea, a costa de lo que sea, para tener poder?

Álvarez Junco al principio se ha referido a la Transición citando dos cosas que se citan siempre: el miedo y la generosidad. Creo que hay que hablar de algo más, aparte de las circunstancias históricas. Hay que tener en cuenta una cosa clarísima. En aquel momento los españoles conseguimos hacer llegar a los políticos que lo que queríamos —no es que tuviéramos miedo ni que fuésemos generosos—, a lo que aspirábamos, era simplemente a vivir mejor. Recuerdo que en los últimos tiempos de Franco yo estaba en Portugal, país que estaba inmerso en lo que ellos llamaban el «proceso revolucionario en curso», y que yo le decía a mis amigos portugueses que los españoles éramos menos ambiciosos

que ellos. Cuando muera Franco no queremos ser ni Albania ni Cuba —hoy diría ni Kosovo ni Croacia—, queremos ser simplemente Holanda, Francia, Italia, Gran Bretaña. Es decir, queremos que nos dejen vivir en paz, que no nos embarquen en cosas de «España nos roba» para que no se note que el que robo soy yo. Los españoles tenemos otra vez —y me refiero a los catalanes— que decir: «No me tomen ustedes el pelo. Yo quiero simplemente, y para eso le elijo a usted, vivir mejor, como viven en otros países.» Porque habéis hablado del idioma: el español, el catalán... En Estados Unidos se están planteando ahora, y espero que no lo lleguen a hacer, si exigen lo que ellos llaman el «inglés only». ¡Noooo! Los que quieren hablan en español, los que quieren hablan en inglés y las administraciones ya se preocuparán de intentar dar posibilidades a su gente para que hablen los idiomas que quieran. Esta manía de que nos obliguen a todos a hacer lo que toque según el territorio donde estamos es lo que creo que está en la raíz de todos nuestros problemas.

Fernando Segú

A mí, sin entrar en profundidades, me ha parecido muy interesante el análisis que ha hecho Joaquim Coll, un análisis que comparto, y me ha llamado la atención una información que ha dado: que en Cataluña hay mucha gente muy preparada, muy inteligente, trabajando en la línea de la situación explosiva. Ciertamente, yo creo también que es explosiva en un futuro bastante inmediato y comparto con Miguel Ángel que todo lo que sea intentar desactivar esos explosivos será positivo.

En relación al profesor Álvarez Junco, querría aportar a su indicación de que en la Transición el miedo y la generosidad fueron muy importantes un dato histórico muy relevante, como fue que ninguna otra región española estaba tan infiltrada en aquellos momentos en Moncloa como Cataluña. Quiero recordaros que había personajes en el equipo de Suárez tan interesantes como Coderch y el propio Alberto Aza, por razones de consorte. También tenía mucha influencia Josep Meliá, evidentemente de lengua catalana, que hizo un papel súper, súper, súper eficaz en la gestación de esas relaciones

impecables del Gobierno español con Cataluña. Yo viví el regreso del señor Tarradellas a Madrid, cuando por primera vez en la historia reciente se cantó «Els Segadors» en el Círculo Catalán de Madrid; incluso se cortó la Plaza de España con una señora impresionante que portaba, entre otros, un hijo de Pujol. Bueno, quiero decir que, aparte de generosidad y miedo, hubo también personas con nombres y apellidos que realizaron unos trabajos muy, muy, muy eficaces; personas que hoy en día no sé si existen. Decía Joaquim Coll que hay gente muy inteligente trabajando por el catalanismo. Mi pregunta es si creéis que en estos momentos en el Gobierno español, en el entorno español en un sentido amplio, hay gente trabajando y pensando en estos problemas inmediatos.

Martín Ortega Carcelén

Yo quiero hacer una pregunta muy rápida a Joaquim Coll sobre el futuro. Vengo del mundo del Derecho Internacional y las Relaciones Internacionales y a mí lo que me llama la atención es que cuando Mas, y toda la élite política que diseña este proyecto soberanista, se dan cuenta de que van a comenzar a jugar en el patio de los grandes empiezan a circular por el mundo entero buscando apoyos para su futura independencia. El horizonte es 2014 –hay muy poco tiempo– y tienen que comenzar a encontrar apoyos. Mas va a Moscú y no le recibe nadie. Mas comienza a pensar en quiénes van a ser sus apoyos, si China, si Venezuela, si otros. A mí lo que me llama la atención, y quisiera saber su opinión al respecto, es saber qué piensan ellos cuando se dan cuenta que se van a chocar con un muro, es decir, de que no hay ninguna experiencia internacional en la que una declaración unilateral de independencia en contra del Estado madre reciba un reconocimiento generalizado. ¿Qué piensan ellos? ¿Quieren llevar al pueblo de Cataluña a una situación como el Sáhara? ¿Como la de los palestinos? ¿Qué perspectiva de futuro ven ellos cuando está claro que van a chocar con un muro y que nadie va a poder reconocer esta independencia? Es decir, que me parece que están embarcando a los catalanes, cual flautista de Hamelín, en un proyecto que no tiene salida ninguna.

Miguel Ángel Aguilar

Muy bien, pues vamos a escuchar las respuestas. Empieza si quieres, Joaquim.

Joaquim Coll

Bueno, en relación al 98, el episodio casi sería una pregunta para el profesor Junco, puesto que él escribió *Mater Dolorosa*, que es un libro extraordinario, fantástico; ahí está toda esta cuestión de los mitos, que queda muy bien explicada. Aunque yo insisto en diferenciar el catalanismo como un regeneracionismo, como un proyecto para España. El catalanismo no es nacionalismo, aunque evidentemente el catalanismo nace de la voluntad de construir una cultura nacional, de que el catalán sea también una lengua útil socialmente. Es decir, se trata de un proyecto absolutamente legítimo y democrático, que es un proyecto además de éxito. El catalán ya no es una lengua minoritaria sino que es una lengua mayoritaria en Cataluña en muchísimos ámbitos de la comunicación social.

Fíjense que el argumento independentista incide muy poco en el tema de la lengua y de la cultura. Luego están los incidentes con el tema de la Ley Wert, que es un disparate por muchas razones, pero, sobre todo, porque en un momento tan explosivo y tan complicado plantear esta cuestión de la manera que se hace es de una absoluta y gravísima irresponsabilidad. Porque en Cataluña lo que se ha vendido, lo que circula en las escuelas, es «salvemos el catalán, nos van a quitar el catalán». En fin, hay todo un reduccionismo al planteamiento de la Ley Wert, una manipulación... Más dinamita con la que se carga.

Por tanto, quiero remitir a *Mater Dolorosa*, incidir en el catalanismo como un regeneracionismo para España. Porque, además, la aportación más importante que ha hecho el catalanismo a la cultura política contemporánea española es la idea de autonomía; sin el catalanismo el modelo autonómico no existiría. Es la aportación más importante y es algo de lo que el catalanismo tiene que sentirse orgulloso, porque, contra la idea del café para todos, creo que más bien lo que ha habido es una tabla de quesos.

En relación al tema de las élites políticas, estoy completamente de acuerdo con Álvarez Junco en que el problema viene mucho de por aquí. Y hay un par de anécdotas. Recordemos el tema de Endesa, cuando Esperanza Aguirre dijo que si la compraba Gas Natural supondría que Endesa saldría del territorio nacional; se cayó en ese tipo de retórica del territorio nacional, los catalanes, etc. Es decir, en esta catalanofobia que, por desgracia, existe y que se agitó también con el Estatuto de forma absurdamente irresponsable. El Estatuto fue muy irresponsable todo él, en todo su proceso, sin duda. Pero las cosas han empeorado todavía más. Hubo otro gran incidente cuando la sede de la Comisión del Mercado de Telecomunicaciones se trasladó a Barcelona cuando Montilla era ministro de Industria. Eso también generó una enorme resistencia centralista. Por tanto, estamos entre esa idea de que las élites, algunas élites del Estado, no quieren compartir el poder. Y está la idea de que Barcelona, por PIB, por ubicación, etcétera, debería ser cocapital; o al menos que debería avanzarse en la idea de una cierta cocapitalidad. Por tanto, creo que sí, efectivamente, que hay mucho de unas élites enfrentadas en Madrid y Barcelona. Pero hay una gran incomunicación, no sólo política, sino también sociológica.

No tengo la cita exacta de Carl Schmitt, pero venía a decir un poco eso, que el mito de la energía nacional es superior a la idea de la lucha de clases. Por desgracia es así. La Primera Guerra Mundial nos lo puso de manifiesto cuando en el Congreso de Viena los partidos socialdemócratas se conjuraron para no votar nunca los presupuestos de guerra y luego los votaron. Por desgracia, esto es una constante que nos demuestra qué fáciles son de manipular las pulsiones y los sentimientos. Por tanto, puesto que la nación existe, está esta idea de adelantarlos todos aquéllos que queremos compartir un proyecto común para España, de adelantarnos y plantear una formulación inclusiva, que sea la de nación de naciones. Efectivamente, España no es solamente un Estado plurinacional, es también una nación para la mayoría de sus ciudadanos. Y, al mismo tiempo, no solamente es un Estado uninacional, sino que es una nación de naciones. Creo que es una formulación que, aunque peca de lo que comentaba Álvarez Junco, puede resolver bastantes cosas. Creo que ese patriotismo de la nación de naciones puede ser un camino inteligente.

Sobre si hay inteligencia en Madrid a la hora de resolver los problemas, fijémonos en el tema de las balanzas fiscales. Después del 2005, cuando el Gobierno de Zapatero publicó las primeras balanzas fiscales a petición del tripartito catalán, parece ser —dicho no por el Gobierno español, sino por el conseller Mas Colell— que se van a seguir publicando balances fiscales. Y creo que es necesario que se haga, porque, efectivamente, el clima en Cataluña se ha envenenado; está envenenadísimo. Yo escribí un artículo que se titulaba «Envenenar el alma de los catalanes». Y ésta es la realidad: el tema fiscal, el tema de las autovías, de las subvenciones, de muchas cosas. Por tanto, es importantísimo desactivar con inteligencia, con datos, con cifras, y reducir lo que son problemas a problemas y no hacer tragedias. Efectivamente, el modelo autonómico es disfuncional, la financiación autonómica es insuficiente. Ahora el Estado se quedará con una parte muy importante del déficit que le permite Bruselas, cuando las competencias en Educación y Sanidad están en las comunidades autónomas. No es un problema sólo de Cataluña; también Griñán en Andalucía dice que eso no puede ser y que las comunidades necesitan más margen de déficit. No es un problema de Cataluña, es un problema del modelo autonómico, que es un modelo que sirvió, que tiene cosas muy positivas, pero que hay que federalizar. Si no federalizamos el modelo autonómico vamos a vivir siempre en este estado de tensión, en este estado de anomalía. Creo que hay que coger el toro por los cuernos.

Finalmente, el tema del Derecho Internacional. Como en Cataluña hemos caído en el romanticismo político, la formulación es que, puesto que los catalanes tenemos el derecho de decidir y el 80%, según las encuestas, está a favor de ese derecho, puesto que lo queremos, pues lo tendremos. Y es igual lo que diga la Constitución y lo que diga el Derecho Internacional sobre los procesos de secesión. Evidentemente, Cataluña no es una colonia, por tanto, no hay derecho a la autodeterminación. La secesión territorial en democracias consolidadas es algo rarísimo; excepto el caso de Quebec o el caso de Escocia, donde no hay Constitución. Es igual. Parece que estamos encaminados a que todo eso dé lo mismo, que vamos a cultivar el esplendor del fracaso y, cuando se pro-

duzca, ya nos resolverán la papeleta otros. Yo he discutido mucho en Twitter con independentistas, diciéndoles que la legislación europea es antiseccionista, que ésta es la realidad de los tratados, y ellos replican que eso es igual, que eso se cambiará como se cambió la Constitución.

En fin, vamos hacia la política de hechos consumados; ése es el escenario en el que estamos. Creo que es inevitable que haya un accidente, porque la mayoría, o una parte muy importante de la sociedad catalana, ha acabado inoculada por este virus del romanticismo político. Por tanto, vamos a caer en el esplendor del fracaso.

Miguel Ángel Aguilar

¡Qué bonito eso del esplendor del fracaso! ¡El entusiasmo que siempre produce entre nosotros el desastre! Profesor Álvarez Junco.

José Álvarez Junco

Sí, en todos los seres humanos existe el toque ése, ya se sabe, masoquista. Rafael Fraguas preguntaba sobre ese estudio de la Fundación Ebert y los tres posibles rumbos para Europa. Hacer futurología es muy difícil para cualquier persona. Pero para un historiador está prohibido. Digamos sencillamente que la situación es completamente abierta, porque no hay antecedentes. Hace un mes y medio, o algo así, estuve en Harvard, en una sesión que había sobre la crisis constitucional española —«Constitutional Crisis in Spain»— y había un experto en la Unión Europea que decía que no se puede saber qué ocurrirá si hay una Cataluña independiente. Primero, Cataluña quedaría fuera de la Unión Europea, automáticamente según él. Pero añadía que España posiblemente también. Porque la España que firmó la adhesión a la Unión Europea es una y la España que existiría después de esta secesión de Cataluña sería otra; aunque el nombre sea el mismo el sujeto soberano se ha reducido y, por tanto, sus cuotas de participación ten-

drían que cambiar. Es decir, España tendría que renegociar su ubicación en la Unión Europea. En todo caso, todo esto lo veo muy abierto y muy imprevisible y, desde luego, como un problema. Los europeos lo ven como un enorme problema.

Preguntas sobre Felipe IV, sobre si el origen de todo está en Felipe IV. Hombre, seamos claros, ésta es una pregunta que se puede contestar con facilidad. No, no tiene nada que ver. No hay conflictos nacionalistas en el antiguo régimen. Ninguno. Son conflictos por una lucha por privilegios, por órganos corporativos privilegiados que piden mejorar su situación en el esquema de privilegios. Entonces, naturalmente, lo que se produce en la Cataluña de 1640 no tiene nada que ver con una lucha nacional, aunque, por supuesto, las historias nacionalitas lo convierten luego en una historia nacional. También las historias nacionalistas españolas convierten a Viriato —siglo II antes de Cristo— en un heroico luchador por la independencia española. Si al pobre Viriato le hubiera podido preguntar alguien «¿Usted lucha por la independencia española?», él hubiera tenido que decir «¿Mande?». No hubiera podido ni entender la pregunta.

Miguel Ángel Aguilar

Hubiera dicho como los iraquíes, que él estaba en una zona hortofrutícola...

José Álvarez Junco

En todo caso, le digo que, si yo hubiese estado en 1640 y hubiera sido catalán, hubiera defendido la secesión y, desde luego, no someterme a los impuestos que pedía la Corona para la Guerra de los Treinta Años. Porque sencillamente eso es lo que había ocurrido en Castilla cuando habían sido sometidos los castellanos en 1520-1521, con los comuneros, y había sido el desastre para Castilla, que fue esquilada por la Corona. Los catalanes y los valencianos, y otros reinos que tenían sus privilegios, aprendieron muy bien del ejemplo castellano, y dijeron: «No, no, usted perdone, a mí no me toca usted los impuestos,

no me los pone si no es con autorización de mis Cortes.» Lo cual es un principio básico de la democracia y fue el origen de la revolución americana, como sabemos.

Y está este problema de si hacen falta emociones. Yo la cita de Carl Schmitt no la tengo y no la conocía, pero puedo citar a Eric Hobsbawm, que en un discurso de apertura de la Universidad Europea de Budapest, que se llama CEU, Central European University, dijo: «Yo soy historiador y me doy cuenta del peligro que tengo entre las manos. Cuando escribo un libro de historia, es como si tuviera una metralleta. Puedo levantar emociones.» Hay esa famosa historietita de los dos niños que están en el patio del colegio, en el recreo, y que se están peleando, se están dando de bofetadas con una furia incontenible, y el profesor de historia les va a separar, y les dice: «Pero ¿qué estáis haciendo, qué ha pasado?» «Usted nos acaba de explicar que sus abuelos mataron a los míos», contesta un niño. La historia es muy peligrosa según cómo se explique.

El discurso político necesita emociones, pues es contradictorio. Las emociones son peligrosas y a la vez son necesarias. Un problema que tiene la Unión Europea es que no tiene un discurso emocional alrededor, que no tenemos unos mitos europeos. Y un problema que tiene el nacionalismo español es que no tiene mitos con los que todos estemos de acuerdo. Para unos los mitos son las tres carabelas, el imperio, la defensa del catolicismo —naturalmente hay muchos que no nos identificaríamos con eso—. Para otros, los mitos serían las luchas por las libertades y la República del 31 o del 36. Defendiendo ese frente, habría otros que tampoco se identificarían. ¿Qué letra le ponemos al himno nacional? Si ahora me encargaran escribir la letra del himno nacional, de verdad, no sabría qué poner. Es imposible ponerle letra porque no sabemos qué podemos cantar con lo que estemos de acuerdo y, sin embargo, es necesario, porque las emociones son necesarias. Que la gente lo cante y se emocione cantándolo, que llore cantándolo y a la vez esté cantando lo mismo que el de al lado... Quiere decir que formamos parte de una fratría, de una comunidad. Eso es necesario, pero a la vez es peligroso. Así pues, emociones peligrosas.

La Transición no fue sólo —por cierto, me han atribuido a mí un par de ustedes lo de la generosidad y no creo que lo haya dicho— por miedo a la Guerra Civil, fue por inteli-

gencia de las élites y fue por impotencia de las élites. Las élites franquistas, que tenían todo el aparato represivo en sus manos, no tenían un proyecto político y, por tanto, no tenían nada que poner sobre la mesa, nada más que aquello de como os levantéis os disparo. Las élites de la oposición, que tenían capacidad de armar lío en las calles y de movilizar, no tenían, ni habían tenido, la capacidad de derrocar al régimen —el dictador había muerto en la cama— y eran lo suficientemente inteligentes como para darse cuenta de que su potencia no era suficiente, de que había que negociar, de que había que pactar. Sólo los que tienen cierta conciencia de su debilidad son capaces de pactar, que es lo más inteligente que se puede tener en la vida: conciencia de tu propia debilidad.

No queríamos ser Albania ni Cuba, pero, perdón, no es un problema sólo de bienestar. Aquí se ha mencionado antes el caso de Bélgica: muy ricos, pero peleándose porque una familia se ha metido en nuestra calle donde solamente se hablaba francés y ahora van a hablar el neerlandés. En Canadá, que es un país muy rico, tienen el problema de Quebec. Canadá, por cierto, es un ejemplo estupendo donde el francés, que sólo se habla en Quebec, en uno de los estados de Canadá, en una parte relativamente pequeña del país, es lengua oficial en todo el país. A lo mejor podríamos aprender algo de eso. A lo mejor podríamos hacer del catalán, vasco y gallego lenguas oficiales en toda España, lo cual no quiere decir que todo tenga que ser traducido a cuatro idiomas ni que tengamos que poner traductores en tal sitio ni que vayamos a multiplicar los gastos, sino simplemente que cuando uno quiere hablar en esas lenguas en determinados espacios públicos, pues pueda hacerlo. A lo mejor eso sería una compensación emocional, simbólica más que nada. Un amigo notario, catalán por cierto, me contaba eso de que él, que ha estado en tantas distribuciones de herencias y ha visto pelearse a los hermanos, cuando uno empieza a decirle que el piso que me ha tocado a mí vale ocho y el tuyo vale diez, él ya sabe que el acuerdo es posible: ponemos en nueve y tal y llegamos a un acuerdo. Pero cuando uno dice que «además a ti mamá te quería más», ahí no hay nada que hacer. Las emociones son muy importantes y la emocionalidad catalana está alrededor de la lengua. Démosle un espacio público a esa lengua y reconozcamos la importancia que tiene en este país.

Sobre la última pregunta, el mundo de las relaciones internacionales, bueno sobre esto sólo se me ocurre decir una cosa: tener apoyo internacional es esencial para un proyecto separatista. No ha habido ningún proyecto separatista en la historia de Europa que haya salido adelante sin apoyo internacional. En la Península Ibérica, desde luego en los últimos cinco siglos, sólo un proyecto separatista ha triunfado, que es el portugués. Y triunfó porque tenía el apoyo de Inglaterra; Portugal ha sobrevivido porque ha sido una especie de protectorado inglés, porque, si no, comprenderán ustedes que los ejércitos españoles, muy superiores, la hubieran machacado en diversas ocasiones. Es decir, el apoyo internacional es básico. Si tanto en el caso vasco como en el catalán, que están en la frontera francesa, hubiera un apoyo francés la situación sería muy distinta, como pueden imaginar. Pero no existe ese apoyo internacional y eso hace que el proyecto sea bastante difícil.

Miguel Ángel Aguilar

Pero al mismo tiempo sería suicida, porque serían arrasados.

José Álvarez Junco

Naturalmente, naturalmente...

Miguel Ángel Aguilar

No sé dónde he leído que muchos catalanes pensaron que era una lástima, que si hubieran perdido la batalla del Bruc habrían formado parte de Francia... Y del catalán no hubieran quedado ni las rasas.

José Álvarez Junco

No, naturalmente. La breve experiencia que hubo, en la guerra de 1640-1653, de tener el apoyo de Francia fue terrible, porque Francia lo primero que hizo fue eliminar los privilegios catalanes. Y en el caso de los vascos, cuando en 1794, en la Guerra de la Convención, invade el ejército francés, hablan con la Diputación –con la de Guipúzcoa, que creo que es la primera con la que hablan– y los guipuzcoanos le dicen que a ellos les da igual ser españoles que franceses, que están dispuestos a ponernos a su lado con tal de que respeten los fueros y la religión. Y los franceses dijeron que ni los fueros ni la religión. Naturalmente. Con lo cual empezó la resistencia.

Miguel Ángel Aguilar

Bueno, queridos amigos, muchísimas gracias. Ha sido muy esclarecedora toda esta sesión. Les convoco a ustedes para continuar estos diálogos en una segunda sesión de este ciclo titulado «España plural. Catalunya plural», que se celebrará en Barcelona el próximo mes de octubre. Muchas gracias.



José Varela, Martín Ortega Carcelén, José-Vicente de Juan y Lorenzo Zabala



Eloy Ibáñez, José Antonio Zarzalejos, Rafael Fraguas y Eduardo Sanmartín

© de la edición:

Fundación Diario Madrid, 2013
Larra, 14; 28004 Madrid
Tel.: 91 594 4821
info@diariomadrid.net
www.diariomadrid.net

Asociación de Periodistas Europeos, 2013
Cedaceros, 11; 28014 Madrid
Tel : 91 429 6869
info@apeuropeos.org
www.apeuropeos.org

© de los textos: sus autores

© de las ilustraciones: sus autores

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo de los editores

Edición de textos: Rosa Paz
Fotografías: Miguel Gómez
Diseño y producción editorial: Exilio

